

Alabar a los demás

Fernando Torre, msp.

Con frecuencia oímos comentarios negativos sobre personas; con nuestro silencio nos hacemos cómplices o con nuestra palabra le echamos leña al fuego. Rara vez escuchamos que se hable bien de los demás; escasamente nosotros expresamos juicios positivos sobre alguien.

Y cuando nos dirigimos al otro, más veces le hacemos regaños que alabanzas, correcciones que afirmaciones, reclamos que agradecimientos.

Ya basta de quejarnos de los jóvenes o de los viejos, de los migrantes, los dirigentes, los vecinos... de todos. Dejemos de sembrar desánimo en los demás con nuestras críticas destructivas.

¡Cuánto bien hacen en un grupo las personas que saben decir una alabanza sincera a los demás! ¿Recuerdas una alabanza que te hayan dicho? ¿Qué suscitó en ti?

Para alabar a los demás o hablar bien de ellos, necesitamos tres cosas: *una mirada limpia*, para descubrir la bondad, la verdad y la belleza que hay en cada persona, incluso si están eclipsadas por sus limitaciones o defectos; *un corazón bueno*, capaz de valorar sin envidia las cualidades o capacidades de la otra persona y de reconocer lo que ha hecho bien o las metas que ha alcanzado, y *unos labios amorosos*, que con sencillez digan una palabra vivificante a la otra persona. Jesús nos dijo: «de lo está lleno el corazón, habla la boca» (Lc 6,45).

Obviamente, nada tiene que ver la alabanza con la hipócrita adulación o la interesada lisonja.

Dichoso «aquel a quien el Señor alaba» (2Co 10,18). Sí, pero para alabar a quien está a tu lado, Dios necesita de ti. ¿Cuándo fue la última vez que personalmente le hiciste una alabanza a alguien?

La alabanza edifica, exhorta y consuela; es valoración y agradecimiento. Que cada día digas «palabras buenas que ayuden a crecer a quien lo necesita y hagan bien a quien las escucha» (Ef 4,29).